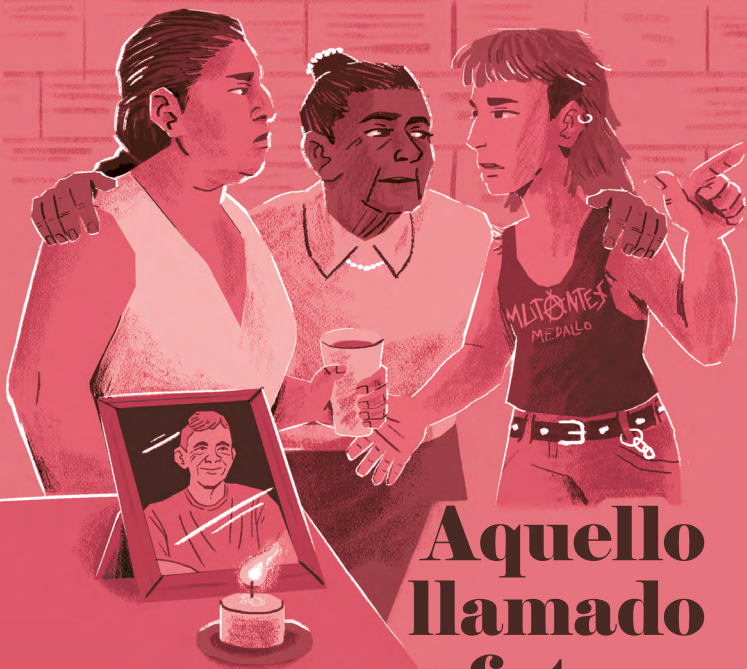




Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

16



Aquello llamado futuro



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 16

Aquello llamado futuro

Relato pal desolvido derivado del informe *El modelo paramilitar en Medellín: Los bloques Metro, Cacique Nutibara y Héroes de Granada*. n.º. 24 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2026.

Aquello llamado futuro

Relato pal desoldido n.º 16.

Colección • Relatos pal Desoldido
Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)

Dirección General

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea conceptual, metodológica y
articulación técnica de los proyectos
de investigación-creación.
Apropiación Social de la Verdad
Histórica. DAV.

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión
técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026

Número de páginas: 32

Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-17-4

ISBN digital: 978-628-7948-18-1

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in
Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria**
Histórica

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2026). *Aquello llamado futuro*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desoldido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica.

Aquello llamado futuro / Centro Nacional de Memoria Histórica ;
investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación
e ilustración Fabián Mauricio Carvajal Álvarez ; línea metodológica
y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera edición. -- Bogotá,
Colombia : CNMH, 2026.

32 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desoldido ; n.º 16).

ISBN impreso: 978-628-7948-17-4

ISBN digital: 978-628-7948-18-1

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica - Colombia 2. Conflicto armado - Colombia
3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa
testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II.
Carvajal Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar
Sabogal, Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional
de Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH

*Morro de Moravia, comuna 4 (Aranjuez),
Medellín.*

Sábado, 26 de enero de 2002.

I

Contrario a su costumbre, Amparo dejó escapar un hondo suspiro y se puso de pie. Sin disimular su fatiga, con un gesto amplio, se despidió de vecinas y vecinos, para luego recoger sus cosas y caminar hacia el empinado sendero que la llevaría a su humilde rancho en la ladera occidental del Morro.

El reloj marcaba las cuatro y media de la tarde. Era la primera vez en años que Amparo no se quedaba hasta el final de la asamblea de vecinos que solía formarse después de cada convite. De verdad estaba exhausta, fatigadas sus piernas, espalda, muñecas, tobillos y hasta la nuca. Además, le ardían los ojos por el humo de la leña quemada en el fogón que tuvo a su cargo durante el convite.



Esa fatiga suya no era solo del cuerpo, iba más allá, porque las cosas durante ese primer convite del año habían salido bien: se habían limpiado los canales por los que baja el caudal de la lluvia, se emparejaron unas aceras y hasta alcanzaron a pavimentar algunos metros de una calle con lo que quedó de cemento. Además, hubo sancocho para todos, incluso para algunos que habían venido más por curiosidad que para ayudar.

Mientras caminaba loma arriba, con la mirada en el piso para evitar tropiezos, Amparo también sintió cansada su alma, «cansada de ver morir esperanzas —se dijo—; esperanzas como la de que, unida y organizada, esta comunidad no se dejará sacar de este Morro».

Llegó a su casa, entró, descargó lo que traía y le sorprendió ver a su hija Lina María y a su suegra, doña Bertha, conversando lo más de entretenidas. Su hija escasamente le devolvió el saludo; en cambio, su suegra sí pareció notar el desánimo que cargaba Amparo, por lo que le preguntó cómo les había terminado de ir.

—La cosa no pinta bien, nada bien —respondió Amparo—, y no solo desde ahorita: ya en el convite que hicimos en Navidad empecé a notarlo. Mientras el municipio insiste en que nos va a desalojar, aparecen ahora vecinos dispuestos a mudarse a El Pajarito, como si no supieran que ese barrio está gobernado por combos que sirven a los mismos intereses que los paracos que se están infiltrando aquí en el Morro.

Ni Lina ni doña Bertha se atrevieron a interrumpirla, así que Amparo continuó:

—Para colmo, la Personería salió dizque con que es por nuestro bien que quieren desalojarnos. ¡Habrase visto! —exclamó indignada—. ¿No será más bien que nos quieren sacar de aquí pa convertir este Morro en un barrio donde los pobres no les dañemos el paisaje a los que viajan en el metro?

Amparo tomó aire. Su rostro se había enrojecido y un hormigueo intenso recorría los dedos de sus manos.

—Si todo sigue como viene, nos van a sacar de aquí a las buenas o a las malas, y el que se resista va a terminar como Tito —se refería a Héctor Mario, su esposo, desaparecido desde mediados de 1999.

Doña Bertha y Lina se pusieron de pie. La mención de su hijo y de su padre, respectivamente, las activó. La primera, con suma calma, tomó tres pocillos recién lavados y en ellos sirvió guandolo —mágica mezcla refrescante de agua fría, panela, limón y, en este caso, estrella de anís—; por su parte, la joven miró a su mamá y le dijo:

—Escuchándote me parece estar oyendo ese tema que dice: «No haaaaay futuro, no haaaaay futuro...».

—¡Estoy hablando en serio! —se defendió Amparo.

—Yo también —replicó Lina—. ¿O vos pensás que sos la única que sabe lo que está pasando? Ni que tuvieras mi edad y tuvieras que aguantar que te estén piropeando y amenazando por la calle todo el tiempo.

Amparo alzó la cabeza. Vio la mandíbula de su hija, apretada; la mirada firme, igualita a la de Tito. Esa forma de revirar, de pararse duro.

—¿Y qué es lo que yo no sé, según vos?

—Pues que este Morro de Moravia no es el centro del mundo ni del universo. Medellín es más grande. Date cuenta, por Dios bendito, asomate por la ventana y compróvalo con tus propios ojos —la joven extendió uno de sus brazos indicando la inmensidad que las rodeaba—; vos seguís acá, con la mirada enterrada en el piso, entre convites y vecinos ingratos, con lo de las actas y las reuniones. Aunque, eso sí, ¿pa qué enterarse de lo que está pasando en el resto de esta ciudad? ¿Acaso te interesa saber qué está pasando en Castilla, en Manrique, en la comuna 13 o en el Doce de Octubre? Hay jóvenes organizándose, cantando, pintando, denunciando que si no hay futuro es porque nos toca a nosotros construirlo. Pero qué te va a interesar, si vos seguís creyendo que porque vas cada viernes a La Candelaria ya sabés todo lo que te interesa.

—¡Cuidadito, Lina María! —la atajó Amparo y no supo qué le dolió más: que su hija supiera que ella frecuentaba la iglesia de La Candelaria para reunirse con otras mujeres cuyos familiares estaban desaparecidos, que dijera que Moravia era un barrio como cualquier otro o que, de una u otra manera, le estuviera confirmando la dolorosa hipótesis que venía masticando sola y que la llevó a abandonar la asamblea vecinal antes de lo acostumbrado.

En ese momento, intervino doña Bertha. Primero, entregándoles a Amparo y a Lina la taza llena de guandolo y, luego, diciéndoles:

—Yo, desde que tengo memoria, no he dejado de luchar. Sí, yo sé —adelantó una mano como temiendo ser interrumpida—: para vos —señaló a Lina—, luchar es resistir; y para vos —señaló a Amparo—, luchar es sobrevivir. Si yo fuera joven, también me pondría como ustedes a discutir, a tratar de convencerlas de que no se trata de resistencia ni de sobrevivencia, sino, simplemente, de luchar; así nacimos y así, si Dios quiere, nos iremos de aquí.

Lina bebió un sorbo y retomó la palabra, sin perder un ápice de su altivez:

—Yo ahorita tengo que salir..

—Vos ahorita no me salís a ninguna parte —la cortó Amparo.

—Todas aquí tenemos compromisos —replicó la joven.

—¡Pues si te vas, será pa no volver! —exclamó Amparo ofuscada.

Algo le iba a responder Lina, pero decidió callar. Bebió lo que le quedaba en la taza, la dejó en el fregadero y dirigió sus pasos al cuarto que compartía con su hermano menor, convencida de que había llegado el momento de hacer la maleta e irse de casa.

Tras escuchar el portazo soltado por Lina al encerrarse en su cuarto, doña Bertha tomó asiento y con tono amoroso le contó a su nuera:

—Cuando yo era joven y bella, me iba con mis amigas a echar coplas. Cuántas veces mi papá no me regañó por eso, pero nunca me lo prohibió porque sabía que era mi manera de aportar a la lucha...

—¿Y eso a qué viene? —la interrumpió hoscamente Amparo.

—Pues viene a que hoy, esta noche, tu hija va a cantar por primera vez en público con una banda que valora su voz. Definitivamente, lo que se hereda no se hurta.

II

El cuarto era estrecho. Dos camastros, una repisa con ropa doblada, un calendario 2001 aún colgado de un clavo. Poco más. Cuando Lina entró y cerró de un golpe la puerta tras de sí, Germán ya estaba acostado sobre — la colcha con ambas manos bajo la nuca y los ojos abiertos mirando el techo. Al verlo, la joven supo que su intención de empacar y no volver carecía por completo de sentido, salvo que su hermano se fuera con ella.

—¿Y a qué concierto es que vas a ir? —preguntó él sin mirarla.

Lina, a medio camino entre la puerta y su cama, miró a su hermano: tenía doce años, casi trece, y la imprudente curiosidad de un niño chiquito, pero ya no era un niño chiquito. Eso era justo lo que a Lina le preocupaba.

—¿Concierto? Es un toque de punk —respondió dejándose caer en el camastro—, pa protestar contra el servicio militar obligatorio, que no demora en afectarte a vos también.

—¿Y vos conocés a la banda que toca?

—Va a haber tres bandas esta noche —dijo, casi jactanciosa—, y sí, los conozco casi a todos. Es más: el guitarrero de una de las bandas me está enseñando a montar en moto.

—¿Y vos pa qué estás aprendiendo a montar en moto?

—¡Eh, avemaría, Germancho! ¿Cómo que para qué? Pues pa poder moverme libre por esta ciudad. A mí con una moto, te lo juro, no me para nadie, ¿me entendés? Yo con una nave de esas te llevo de gira pa que conozcás los parches: que un día en Manrique pintando un muro, que otro día un concierto en Castilla, que otro día puede ser ir a escuchar poesía al Doce o que salió algo en el centro y ahí caemos...

Germán, sin moverse ni dejar de escuchar a su hermana, miraba el cielorraso de su cuarto, aunque no era eso lo que veía. Veía aventuras, sentía que el pelo de su hermana le golpeaba con el viento las mejillas; sentía la velocidad, la tibieza del sol de la tarde y hasta el anhelo urgente de expresarse él también como ella y los parceros.

Mientras hermana y hermano construían sueños de futuro, en la cocina Amparo había vuelto a llenar su taza y, sentada en un butaco, le dijo a su suegra:

—No sabía que de joven echabas coplas revolucionarias... y menos que a Lina fuera a darle por cantar.

Doña Bertha bebió un sorbo y, mirando hacia la ventana, contestó:

—Tu hija, mi nieta, la niña... la niña, que ya no es una niña, tiene razón: Medellín es más grande que este Morro construido con la basura y los escombros de la ciudad...

—Pero, entonces —la interrumpió Amparo—, ¿de verdad habrá que abrirse de aquí?



III

Minutos después, poco antes de que el reloj marcara las seis de la tarde, Lina reapareció en la cocina. Llevaba su habitual bolso y vestía otra camiseta negra, en cuyo frente se leía «FANGO FANGO FANGO», cada palabra de uno de los tres colores de la bandera colombiana, y visiblemente menos trajinada que la anterior, que llevaba ya desgastada la inscripción: «MUTAN-TEX MEDALLO». Al verla, Amparo frunció el ceño, aunque esta vez sin sorpresa: suponía lo que venía.

—Ya me tengo que ir —dijo Lina, sin rodeos ni preámbulos.

—Nada de eso —respondió Amparo, con la misma economía.

Doña Bertha, que seguía sentada con su taza entre las manos, las miró alternativamente a las dos y soltó una risita corta.

—¿Y si salen juntas...? —propuso, con una inocencia que no engañaba a nadie.

Lina se rio. Amparo, ceñuda, miró a su suegra y, luego, se defendió:

—Las energías que me quedan escasamente me alcanzan pa llegar hasta la cama.

—Entonces no tenés energía pa detenerme —habló Lina, con una entonación que no permitía saber si estaba preguntando o afirmando.

—Culicagada insolente —masculló Amparo.

—De verdá, mamá, me están esperando pa salir.

—¿Quiénes?

—Venga y se los presento. Deben estar aquí a dos cuadras.

Amparo la miró fijamente, pero no dijo nada.

—Hágale, mamá, es aquí no más.

—Yo puedo ir a que me presentés a tus amigos, pero eso no significa que te esté dejando ir

porque no me has contado cómo pensás regresarte...

—Maleja, mi amiga María Alejandra, que vive allá en Castilla, nos da posada esta noche. Vos la conocés, estuvo aquí en el convite que hicimos en Navidad.

Hubo silencio. Doña Bertha bebió un sorbo de guandolo y miró hacia la ventana, como si de repente le hubiera dado por contemplar el cielo.

Contrario a lo que pensaba hacer minutos atrás, Amparo dejó escapar un hondo suspiro y se puso de pie. Ante esto, Lina no escondió una sonrisa y se despidió de su abuela cariñosamente. Doña Bertha, guiñándole un ojo, le dio la bendición y, al oído, mientras se abrazaban, le dijo que el público amaría su canto.

Madre e hija salieron del rancho sin terminar de ponerse de acuerdo, aunque con la negociación ya bastante avanzada. Caminaron en silencio por el sendero sin pavimentar. Amparo, un paso atrás, observando la nuca de su hija, la mochila que le bailaba en la espalda, las botas gastadas. Los pasos de ambas resonaban en el

creciente silencio que se iba tomando el barrio a medida que oscurecía.

A dos cuadras, en la esquina donde una mata de plátano crecía indómita por encima de una tapia, esperaba un pequeño grupo. Amparo vio a una joven y dos muchachos sentados en el andén y los reconoció de inmediato: eran del barrio.

Al acercarse, de repente escuchó:

—¡Amparito! —exclamó Myriam.

—¡Ay, hija! —habló Amparo, superada la sorpresa y el susto, al reconocer a su vecina, que también había estado presente en el convite y en la asamblea vecinal—. ¿Vos qué hacés por acá?

—Pues creo que lo mismo que vos —respondió Myriam—: acompañando aquí a mi niña pa saber con quién piensa irse esta noche a un concierto.

Los dos muchachos y la joven se pusieron de pie. La joven habló primero:

—Mucho gusto, doña Amparo, me llamo Luz Helena —se estrecharon la mano—, aunque todo el mundo me dice Luzhele.

Luego se adelantó uno de los muchachos. Tenía la misma edad que Lina, unos diecinueve años, vestía de negro y calzaba botas oscuras tan gastadas como las de ella. Con una compostura poco esperada en alguien de su edad, extendió su mano abierta hacia la madre recién llegada y dijo:

—Me place conocerla, doña Amparo, un verdadero gusto. Mi nombre es José Rengifo, soy...

No alcanzó a terminar cuando el otro muchacho le dio un suave empujón en el hombro y exclamó:

—¡Eh, avemaría, vos parecés un anciano! —rio y extendió su mano—. Mucho gusto, mi doña, para servirle: me llamo Chucho, aunque mi mamá cuando se pone brava me dice José de Jesús por Dios Bendito —luego propinó otro afectuoso empujón a su amigo y completó—:

y a este dígame Chepe, que así le dice todo el mundo.

Amparo sonrió. «¡Cuánta juventud!», pensó.

Ella reconoció a los jóvenes antes de que se presentaran, pues los había visto crecer: Chucho había jugado con Germán y otros niños en la cancha de tierra que quedaba dos cuadras más abajo y Chepe era el hijo de una señora a la que Amparo también conocía de más de un convite. En pocas palabras, sabía quiénes eran y le despertaron confianza.

—Ya tenemos que ir tomando rumbo —habló Lina.

—Bueno —le dijo a su hija, casi en voz baja—. Cuídate mucho... Cuídense mucho.

Lina la miró un momento, como midiendo el peso de esas últimas palabras. Luego asintió, se despidió de Myriam con un beso en la mejilla y se fue con los otros, cuesta abajo, entre risas que las dos madres alcanzaron a escuchar hasta que doblaron la esquina.

Una vez rodeadas de nuevo por el creciente silencio del barrio a esa hora, las dos mujeres se miraron y fue Myriam quien, sin ánimo aún de despedirse, dijo:

—Primera vez que veo que te vas de la asamblea antes de que termine...

—Tenés razón... es que estaba muy cansada por todo el corre-corre del convite... —contestó Amparo, aunque no muy convencida.

—Yo me fui al ratico que vos... Pero por otro cansancio...

—Un gusto verte, Myriamcita... —habló Amparo adelantando su despedida.

—Lo mismo digo, querida —y ambas se dieron un beso en la mejilla—, pero esperá, te quería preguntar una cosita.

—Decime.

—¿A vos no te pareció que en el convite de hoy había unas caras que no eran del barrio? —Amparo asintió—. ¿Y que luego en la asam-

blea parecía que ya tenían todo discutido desde antes?

—Sí... parece como si ya todos estuvieran de acuerdo con que nos desalojen de aquí... —musitó Amparo.

—Pero si es así, ¿entonces pa qué hacemos asambleas, pa qué seguimos con reuniones...?

—Eso mismo es lo que he estado pensando todo este rato... ¿Pa qué reuniones y asambleas si ya van a venir otros a decirnos qué tenemos que hacer?

—Pues tendremos que... —habló Myriam, sin terminar la frase.

Amparo no quiso terminarla.

—Por lo menos hay que buscarnos un plan B. Medellín es más grande —continuó Myriam.

Amparo no respondió de inmediato. Levantó la vista, casi sin querer, y se encontró mirando la ciudad: los cerros que la rodeaban, las laderas cubiertas de casas apretadas unas contra otras y las primeras lucecitas que a esa hora



empezaban a encenderse en los hogares, una a una, como si alguien fuera nombrando en voz baja a cada familia. Todas esas luces, pensó, eran gente. Gente que también existía, que también tenía derecho a sentirse parte de la ciudad.

—Sí —dijo al fin—. El Morro no lo es todo en esta vida. Esta ciudad también es nuestra.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/el-modeloparamilitar-en-medellin-los-bloques-metro-cacique-nutibara-y-heroes-de-granada>

Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta Nacional de Colombia en
agosto de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon
las familias tipográficas Elephant, Noto
Serif y Georama



Un convite, una asamblea abandonada antes de tiempo, una discusión familiar aparece y plantea una tensa negociación. En el Morro de Moravia, un sábado de enero de 2002, tres mujeres de tres generaciones distintas se preguntan, cada una a su manera, qué significa luchar, resistir, sobrevivir, pertenecer. *Aquello llamado futuro* habla de una ciudad muy grande, atravesada por violencias y exclusiones, donde todas y todos deberían tener derecho a habitarla.
